



Forma de citar el artículo: Del Valle, M. (2016). "Oído, pueblo, que llegó... Llegó el caballero Gaucho". Invitación al pregón. Revista Oralidad-es, 2 (4), 23-30.



"Oído, pueblo, que llegó... Llegó el caballero Gaucho". Invitación al pregón

Mónica María del Valle Idárraga
Universidad de la Salle, Colombia
mmdvalle@unisalle.edu.co

Fecha de recepción: 20-02-2016/ Fecha de aceptación: 20-03-2016

Resumen

Esta nota explora informalmente algunas dimensiones de la oralidad del pregón, buscando ofrecer algún aliento a su estudio dentro del terreno de los estudios del performance y lo oral. Partiendo de unos apuntes relacionados con mi percepción del pregón, en varios momentos en Medellín, sostengo que los pregones son ricas formas de lo oral, a veces plasmadas en lo literario, y a veces formas cómicas de la estrategia comercial. Argumento que etnografías del pregón y de los pregoneros nos darían atisbos sobre elementos diversos de la vida de las sociedades. Dejo planteados algunos caminos analíticos y preguntas y desafíos posibles para estudios futuros.

Palabras clave: pregoneros, literatura oral, estudios del performance, estudios de la oralidad.

Abstract

The present study informally explores some dimensions of the orality of proclamation, seeking to offer some encouragement to its study within the field of performance and oral communications. Starting from some notes related to my perception of the proclamation, in several moments in Medellín, I sustain the idea that proclamations are rich forms of orality, sometimes reflected in the literary, and sometimes in comic forms of some commercial strategy.

I discuss that ethnographies of the proclamation and of the town cries would give us glimpses on elements of life characteristics of diverse societies. I state some analytical paths and possible questions and challenges for future studies.

Keywords: town crier, oral literature, performance studies, orality studies.

A Orlando, vendedor de gaucho; a Victorien y, en especial, a Dany, entre los pregoneros.

El andar

Hace poco me sobresaltó una voz peregrina. Estaba en casa de una amiga, en el barrio popular donde crecí, y una voz lejanamente conocida se fue entrando a la casa: "pescao, pescao...". Me era familiar ese llamado, entre otros muchos que escuché durante años. Y yo había olvidado a ese pregonero en particular, su voz desnuda, sin altoparlante; su ritmo y su melodía.

Quienes hemos presenciado los enormes cambios tecnológicos del último siglo quizás tendamos a pensar con nostalgia rancia que los pregoneros desaparecerán. Pero basta con ver películas de tema medieval, con sus heraldos, para comprender que los pregoneros son figuras de tenaz raigambre, aunque sus estilos, su estatus y sus funciones se transformen. De hecho, algún estudioso dice que existen pregoneros desde hace veintiséis siglos (Illades, 2015) y no hay razón para no creerle, pues, aun mutando, el pregonero no deja de cumplir la función de facilitarnos algo en lo cotidiano acercándonos algo distante, cuando no la muy importante tarea de hacernos sonreír al agregar una nota golosa al lenguaje. La picardía de un pregón que mueve a la risa, la posibilidad de arreglar una sombrilla vieja o una tapa de olla a presión, la de comprar una fruta o una verdura a buen precio, sin ir a una plaza o a un supermercado, la delicia de un dulce callejero... son parte del bagaje con que viene el pregonero.

Ahora bien, la presencia de un pregonero nos habla de un cierto tipo de lugar. El pregonero y su pregón delatan una condición social y condensan modos de ser culturales e históricos. Aún si es lícito pensar que incluso las grandes *cosmopolis*, las de metros y subterráneos, albergan pregoneros, es claro que la mera existencia de infraestructuras viables complejas, los estilos enclaustrados de la nueva urbanización con su noción del 'todo a la mano', las fuertes nociones de uso y desecho del consumo contemporáneo, y el apretado control sobre el deambular vagabundo de los ciudadanos inciden sobre la

necesidad de aquello material que ofrece el pregonero y coartan uno de sus rasgos más característicos: su desplazamiento.

Los recorridos de los pregoneros parecen infinitos, se adivinan desmedidos en la andadura. Difícil imaginar las fachadas que uno solo de ellos ve en una jornada. Difícil imaginar los rostros que lo llaman o las manos con que hace trueque. Por los barrios donde he vivido, barrios populares, de empinadas laderas y de calles estrechas, a menudo de calles que son largas series de escalas, los pregoneros son para los clientes un alivio, y un agregado a la algarabía del barrio, un anzuelo que saca del quehacer casero: llevan al barrio lo que implicaría cargar desde un supermercado o una plaza, con más esfuerzo. Aprovechan lo que se terminó, o el pescado que no logramos comprar fresco por el barrio. Traen la promoción de fruta en cosecha. Dan ocasión para salir de la casa y hacer un corrillo en torno a una rima pícara y un dulce.

Contemplándolos, uno se pregunta cuánto le dura la carga al pregonero y si tiene dónde abastecerse a medio camino. Dónde inicia su recorrido. Si llega a pie o en bus hasta el barrio, o un amigo de carro lo trae, y si siempre vende toda la carga, puesto que llevan apenas un cajón, o medio costal. Por estos barrios, sería muy complicado traer una carreta, o algo sobre ruedas, así que los pregoneros vienen ligeros: no suelen llevar morral ni bolso. Solo sus bolsillos del pantalón. Y en contadas ocasiones, un delantal. Tampoco cargan mostrador, ni mesita; solo llevan un cajón de esos en que ya vienen los productos, como una caja de tomates, o un costal, con una moderada carga que, sin embargo, por estas lomas y con estos soles, debe dejar sentir su peso. Para otros entornos, otros países, para quienes recorren caminos vecinales, o pueblos cuyos senderos son ríos, ¿qué medidas cambian?

¿Cómo escoge el pregonero el barrio del día? Según el tipo de cargamento (¿lo que más vale, para cierto barrio y lo más económico para otro? ¿Ciertos barrios preferirán ciertos productos?): ¿qué lo impulsa a decidirse por una ruta u otra? (¿La buena o mala fama del barrio, la forma de las calles, las gentes del lugar, la cantidad de perros que le responden?). Y en un plano íntimo, no relacionado con lo pecuniario, ¿cómo

absorberá el paisaje el pregonero? ¿Elegirá ir a algunos lugares por los escenarios locales y, en estos barrios elevados, por la visión de la ciudad que desde allí se tiene? ¿Será tan autónomo en la cadena comercial como parece o trabajará para alguien, que pautará su ruta? ¿Qué papel juega la familiaridad de los compradores con el pregonero-vendedor? ¿Cómo influye su edad en la reacción con la clientela?

Y sobre su pregón: ¿de quién lo aprende? ¿Lo compone solo? ¿Qué lo guía en la selección de sus tonadas? ¿Sobre qué se basa para la composición? ¿Y qué papel juega el pregón mismo (sus rasgos melódicos y de estructura) en la acogida de los compradores? Recuerdo, por ejemplo, las sonrisas y los comentarios burlones que despertaba indefectiblemente en mi casa un pregonero muy joven que vendía buñuelos por mi barrio, temprano en las mañanas. Era quien nos sacaba del sueño con una voz también adormilada y sin mucho aliento, y a éste, que se paraba frente a nuestra ventana, escasamente le comprábamos, no por venganza, creo yo, sino porque en contraste con la delicia de lo que vendía, su pregón era francamente triste y alicaído.

Inquietudes como las anteriores serían una ruta para aterrizar una caracterización contextual del pregonero y sus pregones. Una etnografía de pregoneros desmontaría esa atmósfera delicada y abstracta que los pregoneros tienen en el inicio de esta evocación y, contra una visión generalizada del pregonero, nos mostraría dinámicas locales en su especificidad.

Ahora bien, la marginalidad que le atribuyo por trechos al pregonero es también algo por discutir con trabajos de campo y con estudios históricos. Por ejemplo, el ya citado Illades nos muestra que la condición del pregonero en la antigüedad era otra, pues era nada más y nada menos que el palabrero de la ley, una figura paga por las instituciones para declarar las culpas del reo que caminaba hacia la horca, un megáfono de la ley, representante de la misma para los iletrados: "el pregonero transmitía los acuerdos notariados de los gobiernos en turno al público que lo atendía en plazas, mercados y lugares acostumbrados. A través de su performance transformaba en acontecimiento vivo la naturaleza abstracta de los mandatos, casi siempre manuscritos" (43).

Y en este sentido, en el momento en que emitía su palabra, la ley se hacía efectiva. De modo que esta palabra suscitaba reacciones emotivas:

[...] el hecho de que hasta el siglo XIX toda disposición de gobierno cobraba vigencia a partir de proclamarse en público nos muestra de manera idónea la tensión entre la función normativa de la escritura legal y el mundo esencialmente oral y emotivo de sus destinatarios. Por lo mismo, no es difícil imaginar que la voz del pregonero haya causado, las más de las veces, reticencia, asombro, temor o angustia en la asamblea de oyentes (43).

La voz

*"Hay oficios que se hacen a voces".
(refrán)*

Aunque su función sea otra, este rasgo se mantiene. Un pregonero es una voz. A veces, para quienes no han transado con él, es apenas una voz sin cuerpo. No en vano, es precisamente en el aspecto del poder de la voz donde Mevlut, el pregonero de la más reciente novela del turco Pamuk, *Una sensación extraña*, ubica una parte importante del éxito del oficio del pregonero.

—¿Cómo has aprendido a gritar como los vendedores de boza?

—Por cierto, bravo, tienes una voz preciosa, como la de los buenos muecines.

—*Lo que hace que la boza se venda es la emoción en la voz del vendedor*—dijo Mevlut. (45) (Énfasis mío)

El aula de primaria y secundaria parece ser la que va recuperando esta capacidad oral del pregón, aunque, por las páginas de internet donde se ven ejercicios recomendados para profesores, por ahora parece que se estimula su uso principalmente por el plano lexical. Se ven los pregones, como esos versos llamativos y con aire de espontáneos, en calidad de ejercicio para desarrollar la creatividad retórica y la capacidad de inventiva, aunque bien sabemos que no se aprende a ser pregonero en la academia; no se estudia para pregonar. El 'repentismo', el ingenio de la poesía popular que campea en los buenos pregones, combina en grandes dosis

la personalidad, la potencia de la garganta, la visión del mundo. Una prueba fácil, no necesariamente cierta, de la versatilidad y la fuerza que requiere crear y vocear un pregón es preguntar a cualquier amigo, o colega, qué gritaría, y cómo cantaría si tuviera que vender, por ejemplo, pan. Pocos logramos vernos, plasmarnos en una frasecita o dos y una melodía sencilla y propia. Sin embargo, es de resaltar esta posibilidad de uso de los pregones en la escuela, que al menos hace mirar hacia ellos. Haría falta incluir allí esa dimensión emotiva, fundamental en cualquier manifestación performática.

El pregón despliega ante nosotros, como docentes y como investigadores, una mirada de posibilidades analíticas, de las que esbozo unas cuantas.

En términos de recepción, y hablando de matrices culturales, los elementos que se eligen, musical y gramaticalmente, para el pregón son ya llamativos. Por la naturaleza del trabajo, la presencia de los sustantivos es abrumadora, pero el tema va más allá de eso. Por ejemplo, durante el mes de junio del año 2000, mi madre grabó para mí una semana de pregones. Entre los que pasaron por las calles de mi casa en QUITASOL, Bello-Antioquia (Colombia), esa semana, transcribo en orden de aparición en mi grabadora algunos:

- “El chócolo. Arepa de chócolo”.
- “Pueden aprovechar, pueden aprovechar. Habichuela, mil kilo, el kilo de tomate a mil pesos. Yuca, fresquita la yuca que sí se cocina. Tres libras de yuca a mil pesos. Tomate de calidad”.
- “El queso, el queso”.
- “A la orden... gelatiiiinas. Gelatinas”.
- “Televisores, chatarra, los sanitarios, la chatarra. Televisores viejos, chatarra, hierro”.
- “Pescado, pescado, el pescadoooo”.
- “Pescao, pescao. Pescao fresco, el pescao”.
- “Aguacate maduro, aguacate, aguacate”.
- “Zapateriiiiia, zapateriiiiia”.
- “La mazamorra, mazamorra”.
- “La pila para el reloj, la manilla, la pila, la manilla para el reloj”.

- “La licuadora, reparo. Y la olla. Reparo la licuadora y la olla”.
- “Liiiimones”.
- “El coquito, el coquito enmielado”.
- “Naranja jugosa, jugosa, naranja, naranja bien dulce, jugosa, naranja jugosa a la orden”.

El primer desafío para trabajos críticos, evidente en esta seca transcripción, es la incorporación al análisis de una parte indesligable del pregón: la melodía, donde reside la mayor parte de la fuerza pregonera. Parte de este desafío se transmite a la tradición de publicación académica, que por el claro predominio de lo escrito como marca exclusiva de rigurosidad y credibilidad ha concentrado su modo de comunicar resultados en lo escrito. Cada institución dedicada a los estudios sobre oralidad tendría que ingeniárselas para acompañar de audios y videos los trabajos sobre oralidad. Es una labor que tenemos pendiente, y que las publicaciones irán, seguramente, garantizando a medida que las especificidades de lo oral en los estudios se vayan reconociendo como parte del campo de trabajo.

En esta galería rápida de pregones vemos que hay constantes, como el uso de un adjetivo para calificar y hacer más apetecible lo que se vende. La adjetivación en el pregón tiene aspectos interesantes. En los casos que enuncio arriba, por ejemplo, a veces parece pleonástica: “naranja jugosa”. Pero es un pleonismo casi naturalizado para la fruta en cuestión: no imaginamos naranjas que no lo sean. La función de un adjetivo de este tipo aquí no solo es rimar, servir de apoyatura a la curva melódica del pregón, sino enfatizar la calidad del producto y, con ese énfasis, sacar de casa y de la incredulidad al comprador. De por medio está el escepticismo apriorista sobre la relación bajo precio-calidad del producto, que el pregonero debe vencer. En las calles del centro de Medellín, en el parque de Berrío, durante el mes de diciembre de 2015, escuché un pregón que ponía de relieve la función conativa de esta adjetivación. El pregón decía: “Aguacate, aguacate... ¿Que por qué tan barato? Se inundó la finca, se cayó el palo”. En esta conversación imaginada dentro del pregón vemos el escepticismo natural de la transacción comercial, el esfuerzo del vendedor

por transmitir que, aunque el precio es bajo, el producto es bueno. Un hermoso caso más de ponderación del producto mediante el adjetivo es este otro pregón, escuchado en la misma época en el mismo lugar: "aguacate, los aguacates... están tan lindos que da pesar venderlos". No se queda por fuera el uso del diminutivo encarecedor, en pregones como el del coco con miel, arriba transcrito.

La idea de pensar el pregón como un objeto de trabajo se me presentó gracias a Orlando, vendedor de gaucho o "arrancamuelas", un dulce tirudo, pegajoso, en barrita, bastante conocido por los barrios de Medellín. Los pregones de los gaucheros tenían mucha diversidad y humor y hacían uso reiterado de vocativos imaginados, en particular a mujeres, y también de imaginadas propiedades atribuidas a estos dulces, como la de quitar el frío de estómago. Lo más común, tanto por el producto que vendían como por la gracia que evocaban, era que estos pregoneros anduvieran rodeados de niños. Transcribo a continuación la memorable composición pregonera de Orlando, en uno de los domingos que pasó por mi barrio. Estos pregones suenan todos distintos, no solo porque tienen rimas varias. Se verá que su extensión varía, pero también Orlando le imprimía velocidades diferentes y musicalidad específica a cada uno. Cabe llamar asimismo la atención sobre la hipnotizante desproporción entre el valor del gaucho (doscientos pesos), la cantidad de rimas para ofrecerlo y el tamaño del dulce, que equivale por lo regular a un dedo índice de persona adulta. Esta hipérbole es, a mi modo de ver, una de las bellas características del pregón, junto con una especie de insistencia ontológica juguetona. En Bogotá se oye, por ejemplo, "ciruelas, *son* ciruelas", declaración innecesaria, pues uno las está viendo y sabe qué son. Es una estrategia llamativa, a mi modo de ver, de ofrecer en pregón.

Orlando pregona, entonces, lo siguiente:

"Hay gaucho a la Inés,
quita la arruga y cura la vejez".
"Venga doña María,
sin pena y con alegría,
compre gaucho derretido
para usted y para su tía,
pa la noche y para el día

si tiene la barriga fría".

"Pa que pase el aguardiente
pa que no se pegue el gaucho de la frente
porque muere de repente".

"Es blandito, no le quiebra un diente
ni a usted, ni a su papito,
si el viejito está muequito".

"Hay gaucho
pa Pablo,
pa que lo lleve para el establo
para que no se lo vaya a llevar el diablo".

"Es gaucho delicioso,
pa que le compre a su esposo.
Si no se lo compra
se vuelve barroso, pecoso, canoso
y se le cae el bozo".

"¡Aydé,
doña Aydé!

Hay de doscientos en adelante.
Esto no le tumba
los dientes de adelante"

"Gaucho, cariño,
usted le puede dar al niño
porque tiene buen aliño".

"Es gauchooooo...:
Un color
con dos sabores diferentes
es pa que a los clientes
no se les caigan los dientes".
"¡Llegó el caballero Gaucho!"

Aquí interrumpí al pregonero:

__ Uff, ese estuvo bueno...

__ [Risas]

__ Orlando, ¿por qué se llaman gauchos?

__ Eso tiene como cien años de viejo...

__ ¿Sí?, ¿de dónde salió?

__ Eso salió de la fórmula argentina...

__ ¿De cuál fórmula argentina?

__ Al salir de allá trajeron esa fórmula y la hicieron aquí. La trajeron y la hicieron aquí y lo pusieron así...

__ ¿Y cómo se llamaban en Argentina?

__ Gauchos...

Tal vez convenga reiterar que Medellín tiene una tradición tanguera, de familiaridad al menos con ese lado de lo argentino, que es de destacar. El caballero Gaucho que menciona al inicio del diálogo, sin embargo, es un cantante de música popular, colombiano.

El pregonero Orlando prosiguió:

__Eso, cuando uno lo estira en el garabato, parece como estirando un caucho... [la técnica de preparación del dulce es similar a la de gelatina blanca: implica estirar numerosas veces una masa azucarada en una orqueta o garabato, un palo sobre el que la masa vuelve y se sostiene, hasta que ha adquirido la consistencia chicluda, pegajosa, que le es propia].

__Ah, un caucho...

__Por eso así lo pusieron. Para no ponerlo *caucho* lo pusieron *gaucho*...

__¿Y a qué parte de Medellín llegó la fórmula?

__Dicen que primero llegó por la parte de los pueblos... por la parte de los pueblos fue que dio más palo que un chucho esto...

Me voy a ver si acabo esta tandita...

Gaucho a la Inés,

quita la arruga y cura la vejez.

De la mano de Orlando vemos que una entrada interpretativa adicional de los pregones tiene que ver con los momentos históricos y locales que el pregón condensa. Lo que se vende o se arregla, lo que se ofrece en general, varía de lugar a lugar. Desde luego, tiene su propia historia y trayectoria, en este caso, un dulce de estirpe campesina; tal vez, tradiciones quizás inventadas y modificaciones fonéticas de por medio. En la lista anterior, a su vez, la pila para el reloj, por ejemplo, va volviéndose anacronismo. Las frases usadas para vender también varían. Un catálogo de pregones nos daría indicios del contexto social en que se enuncian. Más a fondo, un trabajo etnográfico sobre pregones nos posibilitaría desentrañar asuntos como la relación de los pregones con la economía formal e informal, algo sumamente importante para países como los nuestros, con altas tasas de desempleo donde la gente a menudo recurre al llamado rebusque. En la

novela de Pamuk, esta versatilidad es expresa: "He vendido garbanzos con arroz, he trabajado de camarero, de heladero, de gerente. Puedo con todo" (45).

Otro renglón interesante, por su cercanía innata, es el de la música en relación con los pregones. Me refiero a la música comercial. Un pregón como el del manisero cubano, popularizado por los conjuntos musicales del país, y del que existen decenas de versiones, hasta en japonés, habla de los ires de la expresión callejera a la música formal. En estos pregones musicalizados tenemos la recreación de los recorridos callejeros y también cierta malicia en el juego de los géneros, que aquí está señalada por la interjección:

Por el barrio de Guyanó, se destacan muchos pregones. El que vende los chicharrones, ese sí que se acabó: y dice así: 'chicharritas, chicharrones, mariquitas, *jum*, papitas fritas". Él les vende a las jovencitas y les vende a los varones. Para ellas las chicharritas, para ellas los chicharrones". (Pregón de los chicharrones)

Una entrada interpretativa para este renglón de la relación entre pregón y música (o mejor, entre el pregón y su musicalización), es la del juego entre lo prohibido y lo público, la de cómo algo secreto se grita a voces para entendidos, en el caso de las hierbas asociadas a prácticas de sanación y prácticas rituales no siempre aceptadas socialmente. A este respecto, Valera presentó una ponencia sobre pregones de hierbas santeras en la música cubana (2014). En la vía reversa, de la música formal al pregón, una estrategia de algunos pregoneros (conozco en particular los de la costa colombiana) es la de parodiar algunas canciones de moda, y, sobre esa pista familiar, montar su pregón, de modos muy versátiles y, a menudo, con invocaciones pícaras. Buenos ejemplos de esto son estos dos registros: la vendedora de cocadas en Cartagena, Colombia, (<https://www.youtube.com/watch?v=qL5LPwK422M>) y el vendedor de butifarra en Malambo, Atlántico (<https://www.youtube.com/watch?v=eau8M1Qv8X0>).

El pregón de la vendedora de cocadas está estructurado sobre la seducción lingüística, si queremos:

"Yo vendo la panelita de coco pa' que José me parta todo el jopo. José, papi, tienes la de leche pa' que te arreches, te tengo una de maracuyá para que empieces a culear, te tengo un tamarindo pa' que se te ponga grande y lindo".

Esto nos permite, de paso, señalar una veta para el estudio del pregón, la del género, pues en las canciones y en los pregones de calle parecen más presentes los hombres, o parece haber objetos que son vendidos exclusivamente por mujeres, y en esto hay hilos de historias racializadas, para el caso de las cocadas. Tal vez el pregón de esta vendedora de gelatina, hecho con mucho humor de su parte, illustre este punto:

Es que a usted no le pasa, es que a usted no le pasa... que los domingos hace mucha hambre en la casa... Compre para que después no diga que yo no vine... Siéntese en una banca, porque acaba de llegar, la negra con la cosa blanca (<https://www.youtube.com/watch?v=XBxDeL1cmEU>)

Sin embargo, esto es un *a priori* que un trabajo de campo permitirá acotar en términos académicos. En este pregón en particular, la vendedora de cocadas pone un énfasis grandísimo en los juegos sexuales, entreverando cocadas con cuerpo, comida con sexo, una asociación que sabemos común en el lenguaje cotidiano.

Para estudios sobre el género y el pregón, el contraste con el segundo ejemplo, el vendedor de butifarra, es útil, pues muestra ya asunciones de masculinidades en amplio contraste con las de cuerpos femeninos en el pregón anterior, simultáneamente con este desdoblamiento de la pista musical y una clara postura respecto a la persecución de las autoridades a los vendedores ambulantes. Sobre la pista de un conocido *reggaeton*, "Hasta abajo", de Don Omar, una pista de música familiar, la capacidad de parodia del vendedor se muestra proverbial:

la noche está pal Buti, y con la ponchera voy saliendo de la crisis... esos antimotines que son culé de salvajes... así es que trabajo yo. Uno, sí, sí, El muerde de los antimotines. Y dale, sí, pa que sea serio. ¿Cómo? La noche está pal Buti/ un par de mini/ y una buena combi /pero que maten los seri /escúchame/ un poco de arca/ también de la crisis/ y con

la ponchera voy saliendo de la crisis/ um tá ready/ el dj más ready/ tire vieja puerca/ y un poco de yessin y yedy./ Ando en el bandidaje/ como en voltaje/ esos antimotines que son culé e salvajes./ Y ya./ Así es que trabajo yo.¹

Y a propósito de la destreza de este pregonero, es fácil ver gracias a él un paralelo entre el rodar lingüístico y el rodar por las calles, dos planos interrelacionados, ese del desplazamiento físico y el del movimiento de la lengua, los dos movimientos que constituyen el pregón.

Una herramienta útil para los estudiosos de esta producción oral son los múltiples pregones que personas del común comienzan a grabar de pregoneros familiares de sus barrios o de pregoneros desenvueltos que se dejan registrar en cámara o en audio. Están en las redes, donde se puede apreciar el performance total, no solo acceder al audio, y se puede percibir la relación con los compradores, como en este caso de la vendedora de gelatinas. También se puede, a partir de esos archivos disponibles, hacer algunos mapeos históricos de pregoneros, como el que este señor El Goyo compila, de pregones cubanos que alguna vez escuchó: <https://www.youtube.com/watch?v=b8IxHnguj9c>.

El sentido de la efectividad del pregón, su función específica, con mover para vender, convencer a quien va a comprar de que necesita eso, mover a la risa con la hipérbole, el doble sentido, la rima, la parodia, el uso retórico, en suma, se puede contemplar en profundidad en todo estos recursos digitales.

Una veta de estudio adicional, con otras condiciones y otros aportes, sería la de figuras pregoneras en la literatura. En el trabajo de Illades hay un esbozo de esto para la literatura española medieval, pero no tenemos registros (al menos no ninguno hallado durante la búsqueda bibliográfica para elaborar estas notas) de trabajos sobre esta figura en otras latitudes. Sin embargo, sí que están en esas páginas estos personajes. En la novela de Pamuk, de la que hemos extraído alguna mención, Mevlut ocupa una buena parte del libro. Y más cerca de nuestras latitudes, en algunas obras del Gran

¹ Agradezco a Sebastián Roncancio ayudarme a transcribir esta lengua rápida.

Caribe como *Fuga de Caballos*, hay algunos turcos que pregonan sus mercancías, así como en algunas obras de Raphaël Confiand hay djobeurs, o carreteros, que atraviesan calles con sus gritos. Debe de haber muchísimos aguardando en la poesía jamaicana, en las obras de países como Guadalupe, Belize, Guyana.

Es un trabajo pendiente la escucha académica del pregón. Pues más allá del tema del pregonero como patrimonio cultural, las tensiones sociales, las especificidades de los grupos humanos, la riqueza del lenguaje local performado, todo, todo está allí, en los pregoneros y sus pregones.

Referencias:

El buti mundial 2011. Recuperado el 2 de mayo de 2017 de <https://www.youtube.com/watch?v=eau8M1Qv8X0>.

El Goyo. Pregones. Coros de rumba. Recuperado el 2 de mayo de 2017 de <https://www.youtube.com/watch?v=b8IxHnguj9c>.

Illades Aguiar, G. (2015). Esbozo del pregonero en la Edad Media Española. *Medievalia*, 47. México: Universidad Nacional Autónoma de México. 43-53.

La mejor vendedora de cocadas en Cartagena. Recuperado el 2 de mayo de 2017 de <https://www.youtube.com/watch?v=qL5LPwK-422M&t=32s>; y de <https://www.youtube.com/watch?v=1p5pswQHWUQ>.

La negra con la cosa blanca. Recuperado el 2 de mayo de 2017 de <https://www.youtube.com/watch?v=XBxDeL1cmEU>.

Orlando. Pregonero en Bello. Junio de 2000. Grabado por Mónica del Valle.

Pamuk, O. (2015). *Una sensación extraña. Una historia sobre la vida, las aventuras, los sueños y los amigos de Mevlut Karata, el vendedor de boza, y una fotografía de la vida de Estambul entre 1969 y 2012, descrita desde la perspectiva de numerosas personas.* (trad. Pablo Moreno González). Bogotá: Random House.

Pregón de los chicharrones. Los guaracheros de Oriente. Recuperado el 2 de mayo de 2017 de <https://www.youtube.com/watch?v=X3qhIAg3RDI>.

Valera Rolón, A. En clave. Música y religión popular al unísono. II Encuentro Nacional de la Red Iberoamericana de Estudios de la Oralidad. Bogotá, 2014.